

de él ; hay otros , que en vez de seguirle , van delante ; hay tambien quien le sigue sin alcanzarle ; y hay , por ultimo , otros que le siguen , y le alcanzan (1). Los que perseveran en el pecado , huyen del Señor en vez de seguirle ; los que prefieren su sentir al de su Maestro , van delante de él , en lugar de seguirle. Un exemplo de estos teneis en San Pedro , quando replicó á nuestro Señor , que queria padecer por salvarnos. *No Señor ; eso no os ha de suceder* (Matth. 16.). Los que obran con floxedad , ó en lugar de perseverar hasta el fin , vuelven atrás quando estan en medio de la carrera ; de estos digo yo que siguen á Jesuchristo sin alcanzarle. Pero aquellos que le imitan con un corazon lleno de devocion y ternura , y con perseverancia en el camino de su humildad , son los que le siguen , y le alcanzan (Serm. 62.).

Lo que hace preciosa á los ojos del Señor la muerte de los Santos , algunas veces es la vida , otras es la causa , y otras lo uno y lo otro. En los Confesores que mueren en el Señor , la vida es la que hace preciosa su muerte : en los Mártires que mueren por el Señor , algunas veces la hace preciosa sola la causa , y otras la vida y la causa juntas : y se puede decir que una vida buena hace la muerte preciosa : que la buena causa la hace mas preciosa ; y que la buena vida , y la buena causa la hacen preciosísima (Serm. 64.).

Los justos me esperan hasta que me premieis : y en otra parte dice : los pecadores me han esperado para perderme. Aqui veo por una parte el infierno , y por otra el paraíso , que me esperan. ¿ Podrá tomarlo á juego , ó vivir en la indolencia el que entra á pensar en estos dos extremos (Serm. 70.)? *Yo no seré de la junta de estos hombres sanguinarios* ; esto es , de aquellos que perseveren en la sangre , hasta que , oprimidos de enfermedades , no tanto dexan las culpas , quanto las culpas los dexan á ellos. No seré de la junta de estos perversos. Por lo que pue-

(1) Quidam sunt qui non sequuntur , sed non assequuntur : alii vero sequuntur & consequuntur. sequuntur , sed præeunt : nonnulli se

do acordarme , no veo en toda la Escritura salvarse en estas circunstancias , sino un solo Ladron. No conteis , pues , sobre una esperanza tan peligrosa (Serm. 75.).

„ *Si hallais miel , no comais mucho , temiendo que despues de haberos hartado , la vomiteis* (Prov. 25.). Por el nombre de miel pueden entenderse aqui las alabanzas de los hombres ; y justamente no se nos prohíbe enteramente el uso , sino el exceso ; porque hay ocasiones en que se pueden recibir las alabanzas , con la mira de la caridad fraterna , y por la salvacion de los que desfieren á nuestros consejos. Quando se usa de esta miel con este temperamento , no hace daño ; pero si se pasa este término , ya es mala , y podrá por ultimo ser pernicioso... Quanto mas despreciable se considera el alma pecadora á vista de sus pecados , tanto mas precioso es á los ojos de Dios su corazon contrito (Serm. 83.).

En los Sermones sobre el Cántico de cánticos , dice : „ Yo os aconsejo que algunas veces interrumpais la funesta memoria de vuestros caminos , y que entreis en otro mas igual ; quiero decir , en la memoria pacífica de los beneficios de Dios , para que si el veros á vosotros mismos os confunde , la vista de la bondad de Dios os alegre. Quiero que experimenteis este consejo del Profeta : *Alegraos en el Señor , y él os concederá las peticiones de vuestro corazon* (Salm. 36.). Es verdad que es necesario el dolor de nuestras culpas ; pero no es preciso que sea acto continuado : necesitamos mezclarle con la agradable memoria de los beneficios de Dios , para que no suceda que la tristeza endurezca el corazon , ó que la desesperacion le haga perecer mucho antes. Mezclemos miel con los agenjos , para que esta saludable amargura sea mas proporcionada para sanarnos , y para que la dulzura que mezclemos la haga mas facil de beber. Dos cosas hay en la obra de nuestra redencion ; el medio , y el fruto : el medio es haberse anonadado el Hijo de Dios ; el fruto es la plenitud que de él hemos recibido. A vista del fruto , se debe animar nuestra esperanza ; y á la del medio , se ha de

animar nuestro amor. Lo uno y lo otro es necesario para nuestros adelantamientos; porque no suceda que sea mercenaria la esperanza sin amor, ó se entibie el amor sin esperanza (Ser. 11.).

Hermanos míos, respetemos mucho á los Obispos; pero temamos sus trabajos. Si consideramos quán grandes son, no envidiaríamos sus honras. Reconozcamos que son superiores á nuestras fuerzas, y no tomemos sobre nuestros hombros débiles y afeminados una carga que solo conviene á hombres vigorosos. Honrémoslos sin exáminar su vida (Serm. 12.).

Es una virtud tan grande y rara hacer cosas grandes sin tenerse por grande, ignorar su propia santidad quando todo el mundo la conoce, y parecer admirable teniéndose por despreciable, que esto me parece mas maravilloso que las mismas virtudes.

No deseéis que os alaben en esta vida: los aplausos que recibís aquí sin referirlos á Dios, son un robo que le haceis. Porque, ¿qué derecho tienes á la gloria? ¿Qué derecho, ¡oh polvo corrompido! qué derecho tienes? ¿Es acaso la santidad de la vida? El Espíritu es el que santifica; pero es el Espíritu de Dios, y no el tuyo. Aun quando hicieras milagros y prodigios, tu mano sería la que los hiciese; pero la fuerza y virtud es de Dios. ¿Te lisongéas de haber hecho un bello discurso? Jesuchristo es el que te ha dado la palabra, y la sabiduría; porque tu lengua es como la pluma de un escribiente, y solamente la tienes prestada; y siendo prestado el talento, te pedirá Dios la cuenta con usuras. Si has trabajado diligente, si has sido fiel en llevar fruto, será el premio á correspondencia del trabajo: de lo contrario, te quitarán el talento, te pedirán los intereses, y serás tratado de siervo malo y perezoso. Es preciso, pues, alabar á Dios, por los diferentes dones de la gracia que en tí se adviertan; porque el Señor es el que hace y da todo lo que es laudable (Serm. 13.).

Ahí tienes á Jesuchristo; ahí tienes á Jesus; uno y otro son nombres infusos en los Angeles, y derramados sobre los

hombres, y sobre unos hombres que, como las bestias, estaban podridos en su fimo, nombre que salva á los hombres, y los jumeatos, segun Dios ha multiplicado su misericordia. ¿Qué amable es este nombre, y qué vil! Es vil, pero saludable. Si no se hubiera envilecido, no se derramaría sobre mí; si no fuera saludable, no me ganaría. Yo tengo parte en este nombre, y tambien la tengo en su herencia: soy Christiano, y hermano de Jesuchristo: siendo esto así, soy heredero de Dios, y coheredero de Jesuchristo. ¿Habrá motivo para admirarse de la efusion del nombre del Esposo, si él mismo se derramó? *Se anonadó tomando la forma de siervo* (Philip. 2.). Por ultimo, él mismo dixo: *Yo me he derramado como el agua*. La plenitud de la Divinidad se derramó, y habitó corporalmente en la tierra, para que todos los que llevabamos un cuerpo de muerte, recibiesemos de esta plenitud, y llenos de este olor de vida, pudiésemos decir: *Vuestro nombre es un oleo derramado*. (Cant. 1.).

El nombre de Jesus, no solo es luz, tambien es alimento. ¿No sentís una nueva fuerza quando os viene á la memoria? ¿Hay cosa alguna que, como él, nutra el entendimiento del que en él piensa? ¿Hay cosa alguna que así refrigere los sentidos fatigados; que tanto anime las virtudes, dé fuerza á la bondad y honestidad de las costumbres, y mantenga los castos deseos? Todos los alimentos del alma son áridos, si no se les infunde este aceite; son insípidos sin la sazón de esta sal. Si escribes, no hallo gusto si no leo el nombre de Jesus. Si disputas, si conversas, no hallo gusto alguno si no oigo el nombre de Jesus. Jesus es miel para la boca, eco agradable para el oido, y alegría del corazon; pero tambien es remedio. ¿Nos hallamos en la tristeza? éntre Jesus en nuestro corazon, y pase desde allí á la boca. Así que aparece la luz de este nombre, se disipan los nublados, y vuelve la serenidad. ¿Cayó alguno en el pecado, y ya la desesperacion le lleva á los lazos de la muerte? si éste invoca el nombre de la Vida, empezará inmediatamente á respirar por la Vida.

Jamas hombre alguno pronunció este nombre consolador en la urgente necesidad, quando estaba para ser oprimido, que no haya recibido la fuerza necesaria. El nombre de Jesus es el remedio de todas las enfermedades, y de todas las aflicciones del alma. Por ultimo, bien puede probarse el efecto de esta promesa. Invocadme, dice, en el día de la afliccion; yo os libraré, y vosotros me glorificareis. No hay mejor remedio contra los arrebatos de la ira, contra la inchazon de la soberbia, contra la corrupcion de nuestras llagas, ó el tormento de la impureza, las llamas de las pasiones, la sed de la avaricia; y por ultimo, contra los atractivos de la sensualidad (Serm. 15.).

Hay una cierta confesion, que es tanto mas peligrosa, quanto es mas sutil la vanidad: quando no tememos descubrir nuestras infamias, y nó porque somos humildes, sino con el fin de parecerlo. Querer sacar alabanzas de la humildad, no es humildad, sino el trastorno de la humildad. El verdadero humilde desea pasar por despreciable, y no por humilde. Se alegra mucho de verse despreciado, y todo su orgullo consiste en despreciar de corazón las alabanzas (Serm. 16.).

Es perder y derramar lo bueno que teneis, si antes de estar bien llenos, os apresurais por derramar en otros ese mismo bien.

Si sois prudentes, procurareis ser semejantes á la concha, y nó á la caña; porque ésta casi al mismo tiempo recibe, y vierte; pero la concha espera hasta estar llena, y solamente comunica lo que se revierte por la parte superior, sin perder nada de su plenitud: pues el que hace su parte mas mala de lo que era, es maldito (Serm. 18.).

El que rehusa vivir para Vos, ¡oh Jesus, y Señor mio! es digno de muerte, y está verdaderamente muerto. Aquel, cuya sabiduría no se dirige á Vos, es necio; y el que quiere ser alguna cosa para otro que no seais Vos, por nada se cuenta, y nada es. Por ultimo, ¿qué viene á ser el hombre, si no os conoce? Vos, mi Dios, todo lo habeis hecho para Vos. ¡Oh Dios

mio! y el que no quiere ser vuestro, sino suyo, empieza á no ser nada entre las criaturas. Sea vuestro zelo animado con la caridad, ilustrado con la ciencia, confirmado con la constancia; sea fervoroso, invencible y circunspecto. No sea tibio, indiscreto, ni tímido (Serm. 20.).

Traeme en pós de tí; correremos al olor de tus perfumes. ¡Qué es esto! ¿Necesita la Esposa ser traída para seguir á su Esposo, como si le siguiera de mala gana, y á pesar suyo? Mas bien puede ser traída el alma sin ser arrastrada á pesar suyo. Un enfermo, un hombre débil que por sí solo no pudiese caminar, no siente que le lleven al baño ó al convite: aunque es verdad que el delinquente lleva á mal que le arrastren al juicio ó al suplicio. Por ultimo, la que pide que la lleven, da señales de que lo desea; y no lo pediria, si pudiera por sí misma seguir á su Amado como ella quisiera.

En los días de vuestra fortaleza no os tengais por del todo asegurados; antes bien clamad al Señor con el Profeta, y decidle: *Quando mi fuerza me abandone, no me desampareis* (Salm. 70.). Consolaos en el tiempo de la tentacion, y decid con la Esposa: *Traeme en pós de tí, y correremos al olor de tus perfumes* (Cant. 1.). De este modo no perdereis la esperanza en el tiempo malo, y no os faltará la precaucion en el bueno, y entre la sucesion de prosperidad y adversidad que aqui se experimenta, conservareis una imágen de la eternidad en aquella igualdad inviolable é inmutable de una alma constante que en todo tiempo bendice al Señor (Serm. 21.).

Oigan esto aquellos Superiores que siempre quieren ser temidos, y rara vez útiles á sus inferiores: *Instruidos por Jueces de la tierra!* Sabed que debeis ser madres, y no dueños de vuestros súbditos; procurad mas que os amen, que no que os teman; y si alguna vez es preciso usar de la severidad, sea como padres, y no como tiranos: mostraos madres en el acariciar, y padres en el castigar; sed benignos; deponed vuestra fiereza; suspended los instrumentos del castigo; mos-

trad los amorosos pechos llenos de leche, y no de arrogancia. ¿Para qué será hacer pesado vuestro yugo sobre aquellos cuyas cargas sería más razón que llevaseis? ¿Por qué el Hijo mordido de la serpiente huye de declararse al Sacerdote, á quien debiera recurrir, como al seno de su propia Madre? *Si sois espirituales, instruidlos con espíritu de benignidad, reflexionando sobre vosotros mismos, temiendo ser también tentados* (Gal. 6.) De lo contrario, incurrirá este pecador en la culpa; pero *Yo os pediré cuenta de su sangre*, dice el Señor por Ezequiel (Ezeq. 3.).

Mucho motivo hay para temer acerca de los Clérigos, y Ministros de la Iglesia que cometen tantas injusticias en las tierras de los Santos que poseen, y que, no contentos con las rentas que debieran serles suficientes, guardan con horrible impiedad y sacrilegio lo superfluo con que debieran sustentar los pobres, y no reparan en emplear en usos vanos é infames lo que tiene por destino la subsistencia de los infelices. De dos modos son delinquentes; porque usurpan lo que no es suyo, y porque hacen servir los bienes sagrados á su vanidad, y á sus excesos (Serm. 23.).

Todo aquel que murmura, manifiesta que no tiene caridad. ¿Qué fin puede éste tener, sino el de suscitar contra aquel de quien murmura, el odio y el desprecio de aquellos en cuya presencia murmura? De este modo, la lengua del murmurador vulnera la caridad de todos los que le oyen; la mata y apaga enteramente en quanto está de su parte. Aun diré más: este mismo efecto hace en todos los ausentes, á los quales podrá llegar esta voladora palabra por medio de los que le escuchan (Serm. 24.).

LIII. Mas prudencia es perder su alma para conservarla, que conservarla para perderla. Porque el que quiera conservar su alma, la perderá: (por alma se entiende aqui la vida.) Pero ¿qué decís á esto los que coméis con tantas precauciones, y vivís con tanta negligencia? Hipócrates y sus se-

quaces enseñan á salvar las almas para esta vida: Mas Jesu-christo, y sus Discípulos enseñan á perderlas.

*El que ama su alma, la perderá.* La perderá, dice la Escritura, ó dándola como los Mártires, ó afligiéndola como los penitentes. Aunque es una especie de martirio mortificar con el espíritu las obras de la carne, es á la verdad mas benigno, y menos terrible que aquel que corta los miembros con el hierro; mas por su larga duracion es mas sensible.

¿De qué sirve privarse de los placeres, si todos los dias estudiamos en conocer la diferencia de los temperamentos, y en investigar las diferentes propiedades de los alimentos? Las legumbres, dice uno, producen la ventosidad; el queso carga el estómago, la leche hace daño á la cabeza; el agua no es buena para el pecho, las coles son melancólicas, los puerros encienden la bilis, el pescado de estanques ó aguas cenagosas no convienen á mi complexión. ¿Qué es esto! ¿Es posible que en todos los rios, huertas y campos no se halla con qué alimentarnos! Advertid que sois Religiosos, y nó médicos; y que Dios os ha de juzgar por vuestra profesion, y no por vuestra complexión.

Mucho temo que, con pretexto de discrecion, os vaya llevando á la ilusion la prudencia de la carne. Por lo menos os advierto que si tanto vociferais la autoridad del Apóstol sobre el uso del vino, nó os olvidéis de aquella palabra un poco que añadió en su primera carta á Timoteo (Serm. 30.).

Ya veis que la humildad nos justifica; digo la humildad, y no la humillacion. ¿Quántos hay que se ven humillados, sin ser por esto mas humildes! Unos hay que aborrecen la humillacion; otros que la sufren con paciencia; y algunos que la reciben con alegría. Los primeros son malos, los segundos inocentes, y los ultimos son justos: aunque la inocencia es una parte de la justicia, tiene su perfeccion en el humilde. Aquel que puede decir: para mí ha sido bueno que me hayais humillado (Salm. 118.), es verdaderamente humilde: el

que lo sufre á mas no poder, no puede de ir esto; y aun mucho menos el que murmura (Serm. 34).

Bien podeis humillaros quanto querais, que en esto no hay que temer.

Dice el Apóstol, que hay gentes que no conocen á Dios; y yo digo, que todos los que no quieren convertirse á Dios, no le conocen; pues la única razon para convertirse, es sin duda que no creen que Dios es tan bueno, misericordioso y amable como es: por el contrario, le miran como enfadoso, severo, duro, implacable, cruel y terrible. De este modo, miente la iniquidad contra sí misma, forjándose un ídolo, en todo diferente de lo que es Dios. ¿Qué es lo que temeis hombres de poca fe! Que no quiera perdonaros vuestras culpas; pero ya las clavó con sus manos en la cruz: ¿Es por ser flacos y delicados? Mas bien conoce Dios nuestra naturaleza. ¿Es acaso porque os tiene como atados la mala costumbre de pecar? Pero él es el que rompe las prisiones de los que se hallan en cadenas (Serm. 37. y 38.).

Os advierto, amados hermanos míos, que asistais á los Divinos Oficios con mucha aplicacion y pureza; con aplicacion para estar en la presencia de Dios con tanta alegría como respeto. No habeis de estar perezosos ni dormidos; no habeis de bostezar, ni contener la voz, ni truncar las palabras, ni pasarlas enteras, ni pronunciar blanda y afeminadamente tarramudeando ó gangüeando: las palabras del Espíritu Santo deben cantarse con un corazón y una voz varonil como lo merecen. Tambien digo que se debe asistir con mucha pureza; de tal suerte, que quando estais cantando no penseis en otra cosa sino en lo que cantais (Serm. 47.).

La discrecion no tanto es una virtud particular, quanto una calidad que va guiando las virtudes, y arrojando los afectos y las costumbres. Si quitais la discrecion, la virtud será vicio, y los afectos mas naturales se convertirán en trastorno y ruina de la naturaleza (Serm. 49.).

Aprended á no ser perezosos ni tibios en ser agradecidos á Dios; aprended á darle gracias por cada beneficio que os hace. *Considerad, dice, cuidadosamente todo lo que os dan* (Prov. 23.). Sin duda lo dice para que demos gracias á Dios como es debido por todos sus dones. Por los grandes, por los medianos, y por los pequeños. Por ultimo, se nos ordena *recoger los pedacitos para que no se pierdan* (Joan. 6.): esto es, que no olvidemos los menores beneficios. ¿No va ya perdido lo que se da á un ingrato? Es la ingratitud enemiga del alma, aniquilacion de los méritos, ruina de las virtudes, perdicion de los beneficios; es la ingratitud un viento abrasador que seca por sí misma la fuente de la bondad, el rocío de la misericordia, y los rios de la gracia (Serm. 51.).

Pero vosotros que deseais la venida del Salvador, temed la sentencia del Juez. Temed aquellos ojos penetrantes; temed al que dice por su Profeta: *En aquel dia Yo examinaré á Jerusalén con lámparas encendidas*, tiene una vista muy perspicaz y penetrante. Nada se le escapará en nosotros; sondeará lo interior del corazón, y hasta los pensamientos del hombre estarán para él descubiertos (Serm. 55.).

¿Qué hombre habrá que haya cercenado de tal modo lo que habia inutil en él para purificarse, ó que se pueda lisongear de que no le ha quedado que cercenar! Creedme, hermanos. Lo que se ha cortado retoña; lo que se ha arrojado vuelve; lo que se ha apagado se enciende otra vez; lo que se ha adormecido despierta. No basta haber cortado una vez; es necesario cortar con frecuencia, y aun siempre si se puede. Porque siempre hay que cortar. Si se ha de confesar la verdad, por mas que se haya adelantado, mientras nos dura la vida, es un error pensar que estan muertos los vicios, porque solo estan suspensos. Querais ó no querais, el Jebuseo habita entre nosotros; le podeis sujetar, mas no exterminarle. Dice el Apóstol: *Yo sé que el bien no reside en mí* (Rom. 7.). Poco diria, si no hubiera confesado que

en él habitaba el mal. Teneos en mas que San Pablo, si os atreveis... Confesad con él, que no estais sin el vicio de la concupiscencia. Al fin, la virtud está colocada entre los vicios; y por consiguiente, no solo teneis necesidad de cortar, sino de cortar al rededor, para que no se debilite poco á poco con los ataques de los vicios que sin que vosotros lo advirtais la desfloran, ó por mejor decir, la roen por todas partes, y para que no la ahoguen, si una vez se llegan á poner encima. No hay otro remedio contra tan grande peligro, como estar alerta, y cortar con pronto vigor las cabezas de estos vicios quando empiezan á sacarlas. No puede la virtud crecer con los vicios: es preciso, además de esto, no permitir que crezcan, si ella ha de cobrar fuerzas: quitad lo inutil, para que medre lo que es saludable. Todo quanto quitais de la concupiscencia, cede en vuestra utilidad. Trabajemos en cortar; cercenemos la concupiscencia, para que la virtud cobre fuerzas (Serm. 58.)

Me gusta oír la voz de un Predicador que pretende movernos, y no que le aplaudan. Eres una verdadera tortolilla, si me enseñas á gemir... Si quieres persuadirme, lo conseguirás mas facilmente con tus gemidos, que con tus declamaciones. En muchas cosas, y principalmente en ésta hacen mas efecto los exemplos que las palabras. Darás á tu voz la voz de la virtud, si me haces creer que has empezado á persuadirte á tí mismo lo que me aconsejas. Mucho mas fuerte es la voz de tus obras que la de tu boca. Haz lo que dices, y no solamente me corregirás con mayor facilidad, sino que te librarás de las enfadosas murmuraciones que puede haber contra tí (Serm. 59.)

En los cielos está nuestra piedra: sobre ella se funda nuestra firmeza y seguridad. La piedra es el refugio de los herizos. Y á la verdad, ¿en dónde hallarán los flacos el descanso estable y firme, como en las llagas del Salvador? Quanto mas poderoso es para salvarme, con mayor seguridad habito en él. El mundo brama, la carne me persigue, el demo-

nio me arma lazos; mas yo no caigo, porque estoy fundado sobre la piedra firme. He cometido grandes pecados, y con ellos se turba mi conciencia: mas no se turbará enteramente; porque me acordaré de las llagas del Señor, pues las recibió por nuestras iniquidades. ¿Qué mal puede haber tan mortal que no pueda sanar con la muerte de Jesuchristo? De este modo, aunque tan maligna es mi enfermedad, no me asusto, quando me acuerdo de un remedio tan poderoso y soberano. Por esto no hay duda que erró Caín quando dixo: *Es mi culpa demasiadamente grande para merecer perdon* (Gen. 4.) A no ser que digamos que no se tenia por miembro de Jesuchristo, ni queria tener parte en sus méritos; y así, no tenia derecho para esperar, ni para decir que lo que habia en Jesuchristo le pertenecia, como á un miembro culpado del muerte. Pero yo tomo con grande confianza lo que me falta en aquellas entrañas del Señor, que están llenas de misericordia, y de aberturas por donde sale; pues le traspasaron dos pies, y las manos, y le abrieron el costado con una lanza (Serm. 61.)

LIV. *Mi amado es para mí, y Yo para él...* Despues invierte la Esposa el orden de estas palabras, y dice: Yo soy de mi amado, y mi amado es mio. ¿Por qué? Para manifestar mejor, que está llena de gracia, quando todo lo atribuye á la gracia, dándola el fin y el principio: porque, ¿cómo habia de estar llena de gracia, si tuviera alguna cosa que no viniese de la gracia? Quando un lugar se halla ocupado por el mérito, no dexa en donde éntre la gracia. De este modo, la confesion que hace de que todo lo tiene de la gracia, manifiesta que se halla en la plenitud de la gracia; porque si tuviera alguna cosa de su propio fondo, sería preciso que cediese á proporcion de lo que tuviese. Todo quanto se dé al mérito precedente, se quita á la gracia: no quiero mérito que excluya la gracia y favor Divino, para decir que es mérito mio: miro con horror á todo lo que viene de mí solo; y aun puede ser que Yo pudiera mas justamente llamar mio lo que me hace

ser mio. La gracia es la que me hace ser mio desde que me justificó gratuitamente, y me libró de la servidumbre del pecado: porque al fin, en donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad (Serm. 67.).

Este el tiempo favorable y propio para buscar, y en el que se halla lo que se busca, si lo buscamos en donde y como debemos: la unica causa que impide á los que buscan al Esposo el hallarle, es el que no le buscan á tiempo: pero no impide á la Esposa, la qual le busca en tiempo, y no con tibieza, negligencia y frialdad, sino que le busca infatigable y con ansia, como se le debe buscar (Serm. 75.).

Amigo, ¿á qué has venido? Me parece que para guardar una sola ciudad, y para ponerla en seguro, se necesita un hombre de valor, entendimiento y fidelidad; de valor para rechazar los asaltos; de entendimiento para descubrir las emboscadas; y de fidelidad para no pretender sus intereses. ¿Quién no ve asimismo, que para arreglar ó reformar las costumbres, es necesaria la censura de la disciplina junta con la mayor exáctitud? Y así, los que tienen á su cargo este cuidado necesitan de un zelo fervoroso.

¿Cómo puede un Pastor ignorante llevar el rebaño del Señor á los pastos de la Divina palabra? Por otra parte, si es sábio, pero no es bueno, debemos temer que le haga mas daño su vida esteril, que provecho su abundante ciencia. De este modo, es grande temeridad tomar sobre sí esta carga, si con mucha ciencia no se junta la vida irreprehensible (Ser. 76.).

Los que veis hoy á los dos lados de la Esposa, que parece, como suele decirse, caminan á su derecha, no todos son amigos del Esposo. Pocos amigos hay que no busquen sus intereses particulares. Gustan de recibir presentes, y en llegando á ser esclavos del Dios de las riquezas, no pueden ya amar á Jesuchristo. Miradlos cómo van brillantes, adornados, y en preciosos trages, como una esposa que sale del lecho nupcial.

Pero ¿de dónde os parece que sacan esa abundancia esos

vestidos magníficos, esas mesas tan bien servidas, y esa multitud de baxillas de oro y plata, sino de los bienes de la Esposa? Ved aquí por qué la vemos desnuda con un rostro digno de compasion, descuidado, horrible y pálido. Ved aquí por qué en vez de adornar á la Esposa, solo se pretende despojarla; en lugar de conservarla, la arruinan; en lugar de defenderla, la exponen; en lugar de gobernarla, la prostituyen; en lugar de llevar el rebaño á pacer, le degüellan y devorann. El que rehusa dexarse gobernar de algun director, se verá guiado por algun seductor (Serm. 77.).

En este epitalamio no se han de pesar las palabras, sino los deseos. ¿Y por qué? Porque del amor santo, que sin duda es el asunto de todo este libro, no se ha de juzgar por las palabras ni por la lengua, sino por las obras y la verdad. En todo el libro de los cantares habla el amor. ¿Quereis entender lo que en él se lee? Amad: si no amais, en vano pretendereis entender el cántico del amor. Un corazon frio no puede comprehender unas palabras de fuego: pues así como es imposible entender á un hombre que habla en griego quando no se sabe este idioma, ni á un hombre que habla en latin quando se ignora esta lengua, así tambien al que no ama le parecerá bárbara la lengua del amor. Este la mira como á un metal que suena, ó como á una campana que retañe ó resuena (Serm. 79.).

Dios quiere ser temido como Señor, honrado como Padre, y amado como Esposo. ¿Cuál de estas tres cosas es la mas excelente? El amor. El amor por sí mismo es suficiente, por sí mismo agrada; es el mérito y la recompensa del mérito; no pide otra causa ni otro que á sí mismo. El fruto y el uso son una misma cosa en el amor. Yo amo porque amo, y amo por amar. Es el amor una cosa muy grande, si se toma por su principio: si miramos su origen, si volvemos á su fuente para beber siempre en el mismo manantial de donde siempre corre. Entre todos los afectos y sensaciones del alma, por solo el

amor puede la criatura, aunque desigualmente, corresponder á su Autor, y de algun modo pagarle. Porque, pongamos este exemplo: ¿Si Dios se enoja contra mí, me he de enojar yo contra él? No; sino que temeré, temblaré, y le suplicaré que me perdone. Si Dios me reprehende, no le reprehenderé yo: por el contrario, solo serviré para justificarle. Si me juzga, no le juzgaré; antes bien le adoraré. Si me salva, no pido que yo le salve; porque no necesita que reciprocamente le salven aquel que libra á todo el mundo: mas quando Dios ama, no pide otra cosa sino el ser amado, porque sabe que este amor será la felicidad de los que le amen.

En los Sermones 65 y 66 sobre el Cántico de cánticos, refuta San Bernardo la doctrina de los Hereges de Colonia. Eran estos reliquias de los Maniqueos, y discípulos de Pedro de Bruis, y de Enrique. La ocasion de haberlos refutado, y lo mas notable que ocurre en este punto, es como se sigue: Escribiendo Cuervino á San Bernardo por los años 1147 acerca de ciertos Hereges que se habian descubierto en Colonia, le señalaba al mismo tiempo los principales artículos de sus errores. Se lisongeaban de ser los unicos que seguian las pisadas de Jesuchristo, y de que hacian la vida Apostólica, porque nada poseían en este mundo, y de si decian que solo entre ellos estaba la Iglesia. No comian cosa de leche, ni otra alguna que fuese producida por generacion. Aunque no se explicaban en punto de los Sacramentos, no dexaban de afirmar algunas veces, que tomando el ordinario alimento, pretendian hacer de él el cuerpo y sangre de Jesuchristo por medio del *Pater noster*. En quanto al Bautismo admitian, ademas del de agua, otro Bautismo, por el fuego, y el Espíritu Santo, y le daban por la imposicion de las manos. Condenaban el Matrimonio, sin dar razones algunas. No estimaban los Sacramentos administrados en la Iglesia Católica, considerándolos como á una sombra y á una tradicion humana. Otros Hereges del mismo tiempo y del mismo país, esto es, de la Vefalia, pretendian

que no habia entonces en la Iglesia Presbíteros consagrados; porque los Papas, oprimidos con los negocios seculares, habian perdido la potestad, y por consiguiente no la habian podido comunicar á los Arzobispos ni á los Obispos: de lo que se seguí que ya no se consagraba en el altar el cuerpo de Jesuchristo: de este modo reducian el Sacerdocio de la Iglesia á solo el ministerio de la palabra, porque desechaban tambien los demas Sacramentos, á excepcion del Bautismo, y este solamente le concedian á los adultos. En quanto al matrimonio, le condenaban sino era contraido entre dos personas vírgenes. No admitian la intercesion de los Santos, el purgatorio, la oracion, ni las obligaciones por los difuntos, y tenían por inútiles los ayunos, y otras mortificaciones que se imponen para remision de los pecados: trataban de supersticiones las observancias de la Iglesia, que no fuesen establecidas por el mismo Jesuchristo, ó por sus Apóstoles desde que se separaron del Señor.

LV. Hizo San Bernardo lo que le pedia Cuervino, y rebatió estos Hereges en dos Sermones suyos sobre el Cántico, que son el 65 y el 66. Pondremos el analisis de estos dos discursos.

Desde luego les arguye por la contrariedad de sus principios: Jura y perjura, se decian unos á otros, antes que divulgar el secreto, no obstante este principio, prohibian el jurar, diciendo, que en el Evangelio leemos, *no jureis ni por el cielo ni por la tierra* (Matth. 5.). Añade el Santo, que siendo para gloria de Dios la revelacion que de las cosas útiles se hace al próximo no debian tener dificultad en revelar su secreto, si con efecto era útil. Pero sino lo es, precisamente hacian misterio para ocultar su infamia." Por lo qual insiste San Bernardo en que siempre estaban con mugeres; se sentaban con ellas á la mesa, y dormian en un mismo aposento; lo que no podia menos de causar escándalo, aun quando fuesen tan continentes, como ellos afectaban con las exterioridades de piedad y mortificacion: porque estos Hereges para ocultar mejor el ve-



veno de su doctrina frequentaban la Iglesia; honraban á los Sacerdotes, ofrecian presentes al altar, se confesaban, participaban de todos los Sacramentos, ayunaban y trabajaban de manos, por lo qual dixo San Bernardo que un Católico falso es mucho mas perjudicial que un Herege descubierto.

Confiesa el Santo que estos nuevos Hereges hacian mucho daño en la Iglesia, y que sus discursos se iban introduciendo y extendiendo como el cancer. Dice tambien que de estos habla el Apóstol en su primera carta á Timoteo: *Su conducta será perversa, prohibirán el casarse, y el comer las viandas que Dios crió para alimentarnos con accion de gracias.* Hace ver este Padre que condenar el matrimonio; es soltar la brida á toda suerte de impurezas, llenar la Iglesia de concubinos, incestuosos é impúdicos de toda especie, y reducir por consiguiente la salvacion al corto número de personas continentes, pues no es regular pensar que han de salvarse los monstruos de la impureza.

Prueba despues, que habiéndolo permitido San Pablo á las viudas el casarse, y aun habiéndolo en ciertos casos mandado, no podia reducirse el matrimonio á solas las personas vírgenes, como decian estos Hereges. Tambien se abstienen de comer carne; y en esto mismo dice, manifiestan que son Hereges, no porque se abstienen de la carne, sino porque se abstienen por supersticion. Yo tambien me abstengo algunas veces de comerla, mas lo hago para expiar mis pecados, y no por una impia supersticion. Yo me abstengo del vino, porque inclina á la impureza; y si me siento debil, bebo un poco, segun el consejo del Apóstol. Me abstengo tambien de la carne, recelando, que nutriendo la mia demasiado, alimento en mí los vicios de la carne. El que por consejo de los Médicos se abstiene de ciertos alimentos, no es reprehensible por el cuidado que tiene de su cuerpo, como este cuidado no sea excesivo: pero si lo hace por la misma extravagancia que Manés, teniendo por inmundada la criatura que Dios hizo para nuestro sustento es un

blasfemo, á quien yo miro con exécracion.

Se alababan estos Hereges de que ellos eran la verdadera Iglesia, y tomaban el nombre de *Apostólicos*. San Bernardo les dice: *Que manifiesten las señales de sus Apostolados.* A los Apóstoles, dixo Christo (Matth. 5.): *Vosotros sois la luz del mundo*; por esto se hallan sobre el candelero para iluminar al universo. Pero estos Hereges estan debaxo del medio celemin, y su error huye de la luz, y quando la Iglesia, derramada por todo el mundo, siempre es visible, estos estan ocultos en sus cavernas." Refuta San Bernardo en pocas palabras sus errores en punto del Bautismo de los niños; del purgatorio; y de la potestad de los Pastores de la Iglesia, aun quando sean pecadores; y despues de haber notado, que puestos á la prueba del agua, se les habia hallado embusteros, y se les habia convencido de los errores que negaban antes de esta prueba, dice: que no debemos admirarnos de la constancia que algunos de ellos habian manifestado en los suplicios, ni compararla con la de los Mártires, porque en estos era la constancia efecto de su piedad; y en los Hereges, la obstinacion del corazon era la causa del desprecio de la muerte.